

2ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO, SEGÚN SAN JUAN 1,29-34.

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

-Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquél de quien yo dije: «Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo.» Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel.
Y Juan dio testimonio diciendo:

-He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre él.

Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo:

-Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo.

Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

¡JESÚS SALVADOR!

Pasado ya el Tiempo de Navidad nos introducimos en la liturgia del Tiempo Ordinario. En el centro del Evangelio de hoy está la palabra de Juan Bautista: **«Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»**, un testimonio que resume el sentido de **«la misión de Jesús»**. Son, por otra parte, palabras que repetimos en cada Eucaristía, antes de la Comunión, lo cual nos da una idea del gran valor que les da la Iglesia.

«El mal del mundo», lo que en lenguaje religioso llamamos **«pecado del mundo»**, es algo que **«desborda el mundo humano»**. De él surgen las divisiones que impiden unas **«relaciones de fraternidad»**, que generan **«ruptura en el interior de la persona»**, entre mis ideas y mi vida, división entre los que piensan como yo y los que piensan distinto. Es tal la **«falta de confianza en el otro»**, que se llegan a desfigurar hasta las intenciones más nobles. Las injusticias de toda índole saltan a la vista. Y de ese mal del mundo, de ese pecado del mundo, surge la gran **«contradicción»** que supone que **«una sociedad aspire a lograr lo mismo que combate»**: libertad, amor, justicia, verdad, paz...

La naturaleza, malicia y dimensiones del pecado se van desvelando a través de la historia bíblica. El **«pecado corrompe el espíritu del hombre»**, quiere ponerse en el lugar de Dios, quiere ser el único dueño de su destino y se niega a depender del que le creó, cortando la relación que le une con Él. Y lejos de Dios no hay más que muerte. Pero la **«Historia de la Salvación»**, a través de Jesús, evidencia claramente los anhelos de Dios por **«liberar al hombre de la esclavitud de su pecado»**.

«Jesús es el Cordero de Dios». Él escoge un camino de servicio, humildad y pobreza para llevar a feliz término la misión que le encomienda el Padre: **«descubrir a la humanidad la vida verdadera, el camino para ser hombre auténtico, humanidad redimida y reconciliada»**.

«La obra de Jesús es la paradoja de la vida». Sigue un camino de servicio, sin poder, junto a los más pobres y marginados, un camino que es locura y escándalo para muchos. **«Pero es el camino de Dios»**, el camino que tenemos que aprender **«vitalmente»** los cristianos, si queremos serlo de verdad.

Jesús «nos abre el camino con el ejemplo de su vida», el camino que permite al hombre que lo sigue, pasar de la esclavitud a la libertad. Jesús es el Cordero de Dios que «va a dar la vida para que los demás tengamos vida y además en abundancia»

«Jesús quita el pecado del mundo». Jesús quiere liberar a toda la humanidad. Por eso su lucha es contra el pecado del mundo, contra esa presencia poderosa del mal que hay «en cada uno de nosotros» y que ha cristalizado en estructuras inhumanas. Un pecado que «tiene que ser eliminado» para que el hombre pueda ser realmente hombre, imagen y semejanza de Dios. Iniciar el camino para eliminarlo va a ser la misión de Jesús. «Sólo el amor será capaz de lograrlo».

El pecado consiste en «oponerse al anhelo de vida que Dios ha puesto en el ser de todo hombre», en reprimir ese anhelo de la naturaleza humana. Es la «aceptación del orden del mundo».

La acción de Jesús va a consistir en dar al hombre la posibilidad de «salir, por medio de su Espíritu, del dominio que el mundo ejerce sobre él». Su Espíritu será el «manantial interior» que le lleve a la vida definitiva, ese manantial del que podrá beber todo el que tenga sed, «el que tenga fe». Será lo que vitalice al hombre, lo que «le lleve a la práctica del amor».



Los hombres podemos, por fin, ser hombres en plenitud, «imitando a Jesús». Y «ésta es la redención, la liberación, la salvación de Dios». Una salvación que cada uno debe realizar en sí mismo, «ayudando a realizar la de los demás».

El testimonio de Juan Bautista es una invitación a los hombres de todas las épocas y lugares que nos hace saber que «en Jesús se encuentra la vida verdadera», que imitando su ejemplo podemos liberarnos de toda opresión y ser libres. «Sólo la verdad y el amor romperán nuestras cadenas».

¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

15 de enero de 2023